

Discurso del profesor Claudio Elórtégui Raffo, en ocasión de su investidura como Profesor Emérito de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Inicio mis palabras agradeciendo vuestra presencia en una ceremonia tan significativa para mí. Un saludo afectuoso a los integrantes de la comunidad universitaria aquí presentes, a mi querida familia, muy en particular a mis nietos Pedro, Tomás y Leonor. A entrañables amigos de distintos ámbitos y etapas a lo largo de mi vida, que han podido acompañarme.

Quiero agradecer a la Escuela de Negocios y Economía, a la Decana de la Facultad de Ciencias Económicas, al rector de la Universidad y al Consejo Superior, donde en votación unánime, se aprobó mi nombramiento como profesor emérito de la Universidad, que me honra.

Al comenzar, quiero precisar algo frente a algunas interpretaciones que he escuchado: la decisión que el profesor Rodrigo Navia estuviera a cargo del laudatio, fue adoptada antes del Claustro Pleno y no se relaciona para nada con su intervención en dicho evento (Conozco a Rodrigo hace casi cuarenta años cuando él era dirigente del centro de alumnos de ingeniería comercial y yo director. Posteriormente nos encontramos en el Consejo Superior en distintos períodos y hoy es el director de mi escuela de toda la vida. Quienes algo me conocen, saben que no aprovecharía una ocasión tan importante para mí como esta, para intervenir en la política de la Universidad).

Desde que ingresara como estudiante, he estado 54 años vinculado a la Universidad, más de la mitad de la vida de esta institución, que se acerca a su centenario. Reflexionando acerca de qué cosas decir, opté por repasar algunos hitos que me parecen relevantes, los que, seguramente, no son conocidos por las nuevas generaciones, compartir experiencias que me tocaron vivir en la Universidad y desprender algunas interpretaciones y lecciones, desde mi presente perspectiva.

Luego de evaluar distintas alternativas, ingresé como estudiante a esta Universidad a la carrera de Ingeniería Comercial el año 1969, no teniendo mucha claridad en qué consistía el trabajo de un ingeniero comercial, aunque mis dos hermanos mayores la estaban cursando. Pero, me interesaron los contenidos que se estudiaban, que combinaban elementos de disciplinas científicas y humanistas. La carrera se impartía por la Universidad Católica de Valparaíso, a través de un convenio con la Fundación Adolfo Ibáñez, funcionando en Recreo. Por lo tanto, me inicié como un joven estudiante de pregrado en Recreo y ahora estoy concluyendo mi vinculación con la Universidad en la nueva y magnífica sede de la Escuela de Negocios y Economía en Recreo, que conforma con la Escuela de Arquitectura y Diseño, el actual Campus Recreo, muy cerca del lugar donde comencé ya hace muchos años.

El nivel académico de la formación era excelente y me gustó la carrera, con disciplinas variadas e interesantes. Sin embargo, a diferencia de lo que ha caracterizado a la PUCV, la composición del estudiantado de la carrera era excesivamente homogénea desde el

punto de vista social, no existiendo la diversidad social, lo que impide, en estos casos, la interacción de los jóvenes con pares de orígenes y características diferentes, algo muy importante, en mi opinión, para una formación integral.

Habiendo concluido muy exitosamente el primer año, a fines de diciembre del 69, terminó la vigencia del convenio entre la UCV y la Fundación Adolfo Ibáñez, no lográndose un acuerdo para su renovación, por razones académicas y políticas. No tenemos tiempo para entrar en más detalles, pero, sin duda, es una situación interesante de estudiar y analizar a la luz del tiempo transcurrido y que se desarrolló en el contexto del Chile de esos años.

Los estudiantes tuvimos que optar continuar la carrera bajo el alero de la Fundación Adolfo Ibáñez, en la cual permanecieron prácticamente todos los profesores y la infraestructura académica y de apoyo, pero sin reconocimiento de los estudios, títulos y grados en la institucionalidad nacional, ya que en esos años las universidades se creaban por ley. La otra alternativa, por la cual opté, era continuar los estudios en la carrera que la UCV abrió, por una lúcida decisión del Rector Raúl Allard.

Sin duda, los estudiantes, especialmente de las primeras promociones, debimos enfrentar distintos tipos de costos, cualquiera fuese la opción elegida. Para mí, una lección, entre otras, que se puede desprender de lo ocurrido en este caso, es que nunca, nunca, los estudiantes, quienes son los actores más débiles y vulnerables en una situación de este tipo, sean perjudicados por las decisiones que se adopten, sin tener ninguna responsabilidad en ello.

Nos trasladamos, por lo tanto, a la carrera de ingeniería comercial, creada en la UCV, como ya se mencionó, que funcionó inicialmente en la Casa Central, como la mayoría de las carreras en esos años. Las universidades suelen reflejar, especialmente aquellas de carácter público, como estoy convencido que la UCV era en ese momento y la PUCV lo es actualmente, la situación que viven las sociedades en que se hallan insertas. Así fue como, especialmente a partir de mediados del año 1971, el clima organizacional imperante en la UCV, asociado al proceso de reforma universitaria, que comenzó en Chile el año 1967 en esta universidad, caracterizado por un gran y profundo diálogo académico sobre la universidad y la sociedad, se comenzó a contaminar con la situación de polarización política y profunda división que crecientemente fue aumentando en el país, lo que posteriormente se vio agravado por una muy compleja crisis económica y social. Se hicieron habituales las paralizaciones de actividades y tomas de la Casa Central por los distintos sectores en pugna; la división del país se replicó en nuestra Universidad, lamentablemente con crecientes componentes de violencia. Quedé muy impactado al presenciar un día de noviembre de 1971, durante el período de estadía de Fidel Castro en Chile, desde el bandejón central de Avenida Brasil (mientras se pudo permanecer allí con cierta seguridad) una jornada de violentos enfrentamientos entre grupos de jóvenes partidarios del gobierno y de la oposición, con tomas y retomas del edificio de Casa Central, con impresionantes grados de agresión física entre integrantes

de la comunidad universitaria, incluyendo además de estudiantes, incluso algunos profesores y, por supuesto, miembros de la brigadas de choque de los grupos políticos extremos de signo opuesto. En la noche, el rector Allard e integrantes del Senado Académico tuvieron que actuar como escudos humanos para asegurar la integridad física de algunos estudiantes que se habían tenido que refugiarse en dependencias de la rectoría. Relato lo anterior, para graficar el clima existente en la Universidad, como reflejo de lo que ocurría en Chile.

Cabe destacar que, si hubo alguna universidad en Chile, que intentó desde su misión universitaria y en sintonía con los planteamientos que hacía nuestra Iglesia Católica, incorporar elementos de racionalidad y promover instancias de diálogo y encuentro en una sociedad tan enfrentada, fue, justamente, nuestra universidad con el liderazgo del rector Allard, lo que fue reconocido por influyentes medios de comunicación de la época. Ello consta en un documento que resumió el esfuerzo realizado, que fue aprobado por el Senado Académico de la época, que concluía ya en julio del 73, que el país iba hacia la catástrofe. El trágico desenlace significó el derrumbe de la democracia, la intervención de las universidades y, lo más grave, gravísimas violaciones de los derechos humanos durante muchos años.

En ese contexto, finalicé mis estudios de pregrado titulándome como ingeniero comercial el año 1975, incorporándome al poco tiempo, por decisión de la Escuela, como profesor en una unidad académica, refundada el año 1970 y, en ese momento todavía en proceso de consolidación.

Pude postular posteriormente a una beca LASPAU, que era un consorcio de universidades de los Estados Unidos que otorgaba becas a académicos de América Latina, para estudios de postgrado conducentes al grado de master, siendo seleccionado por LASPAU. Realizar estudios de postgrado, como joven profesor de la UCV, en la Universidad de Pittsburgh, fue una experiencia personal, familiar y académica, extraordinaria. Reforcé mi vocación, ya generada en el pregrado por la economía y las políticas públicas. En relación a la realidad universitaria de nuestro país y nuestra universidad en esos años, conocí una universidad de investigación de primer nivel, percibiendo que es justamente la calidad, nivel e impacto de la investigación, lo que va haciendo las diferencias entre las universidades en los sistemas de educación superior desarrollados, lo que está ocurriendo actualmente en nuestro país.

En tiempos tan duros en Chile, fue también una externalidad, como decimos los economistas, poder vivir y respirar los aires de una sociedad libre y democrática, y de una universidad con libertad académica y pluralismo.

Al regresar a Chile, me reincorporé a mi escuela, dictando cursos de economía en ingeniería comercial y como prestación de servicios en las carreras de comercio, estadística e ingeniería informática, entre otras. La interacción como profesor con los estudiantes de distintas carreras fue muy enriquecedora; algunos de ellos se incorporaron posteriormente en cargos directivos de la Universidad, evidenciando en

su desempeño la formación de excelencia recibida en la escuela. También incursioné en investigación, a partir de lo realizado en mis estudios de postgrado y con todas las carencias asociadas a la investigación en nuestra universidad en esos tiempos. Logré publicar sobre el endeudamiento externo en la economía chilena, que durante la década de los 80 constituía uno de sus problemas centrales a nivel macroeconómico, recibiendo buenos comentarios de algunos de los académicos más prestigiados en la materia en Chile.

El período de la dictadura fue, como es sabido, muy duro para las universidades chilenas, para las ocho, una de ellas la nuestra, que constituían el sistema universitario chileno hasta la reforma de 1980. Estas ocho universidades, las dos estatales, las tres católicas y las dos laicas no estatales, fueron intervenidas pocos días después del golpe de estado (argumento que hemos esgrimido en reiteradas oportunidades para mostrar que las cinco universidades no estatales existentes hasta ese momento eran tratadas y siguió siendo así durante mucho tiempo, como instituciones públicas, lo cual ha generado el enojo de algunos rectores de universidades del Estado). Volviendo al punto, no puedo dejar de mencionar, más aún en esta fecha, las vulneraciones a los derechos humanos que significaron muertes, desapariciones, torturas y exoneraciones de integrantes de las comunidades universitarias, que, en esta oportunidad, una vez más, vuelvo a condenar de la forma más categórica.

Para ser fiel a la verdad histórica de nuestra universidad, tengo que señalar que, a partir del año 1983, período en que ejercieron como rectores los académicos Raúl Bertelsen y, posteriormente Juan Enrique Froemel, las cosas cambiaron significativamente, recuperándose, en gran medida, el carácter propiamente universitario en la UCV, con las limitaciones que imponía el régimen imperante. Al no tener tiempo en este apretado resumen para ahondar más, baste mencionar la recuperación en gran medida de la libertad académica y el reinicio de la participación de los académicos en la elección de decanos y directores. Este proceso de apertura fue bastante inédito durante ese período en las universidades chilenas, liderando nuestra universidad al sistema de educación superior, como en muchos aspectos a lo largo de su historia.

En consecuencia, en mi trayectoria en la UCV me tocó vivir tanto el período 1971 -73, con las características ya descritas, llamado por Mario Góngora el de la universidad militante como el período de la dictadura, llamado por el profesor Jorge Millas de la Universidad Vigilada. Cuando durante los últimos años integrantes de las comunidades universitarias han vuelto a adherir y actuar en la lógica de la universidad militante, reafirmo mi compromiso permanente con la verdadera universidad, aquella que crea y transmite el conocimiento, en búsqueda permanente de la verdad y la excelencia, con libertad académica y pluralismo, que forma personas con vocación de servicio. Agregando en el caso de una universidad como la nuestra, su identidad católica, que forma en el marco valórico del Magisterio de la Iglesia, no pudiendo estar ausente en ninguna área o disciplina la visión cristiana de la sociedad.

Aprovecho la oportunidad para manifestar mi solidaridad, que pienso todos compartimos, con la Universidad Centroamericana de Nicaragua, universidad de la Compañía de Jesús, que está siendo estatizada por la abominable dictadura de ese país.

Buena parte de mi muy prolongada vinculación con esta querida Universidad corresponde a mi trayectoria en la actual Escuela de Negocios y Economía, en la cual fui estudiante de pregrado, ayudante, profesor, jefe de docencia, secretario académico y, elegido por mis colegas, director, cuando, como parte del proceso de apertura, antes mencionado, se volvieron a elegir por los profesores las autoridades académicas de facultades, escuelas e institutos. De esa forma, derivé a las actividades de gestión universitaria, las que no abandonaré hasta finalizar mi período como rector hace poco más de un año. Ocupé el cargo de director durante dos períodos entre 1984 y 1990. Al asumir la dirección de la Escuela, ya se habían incorporado a ella, un grupo de destacados científicos sociales provenientes del Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo, todos de inspiración cristiana, rasgo lamentablemente tan escaso actualmente, entre quienes cultivan las ciencias sociales a nivel académico. Sin perjuicio de las inevitables dificultades iniciales para su integración, esta experiencia constituye un excelente ejemplo de las potencialidades de un trabajo conjunto entre académicos de diferentes disciplinas, pero que tienen áreas comunes de interés, o sea fue un adelanto de lo que hoy denominamos trabajo académico interdisciplinario.

Esta nueva realidad de la escuela permitió lograr alcanzar importantes avances académicos, a partir de un plantel de profesores de excelencia y estudiantes de muy buen nivel y muy comprometidos con su proceso formativo y con su escuela. Quiero hacer, en esta ocasión, un emocionado recuerdo de los profesores de la época que ya nos dejaron, Fernando Ortiz, Rodrigo Vergara, Fernando Alvarado, a quien despedimos hace pocas semanas. Ellos destacaron por su calidad académica y como personas, genuinos representantes del sello valórico institucional. También partió prematuramente al encuentro del Buen Padre, el profesor Renzo Devoto, con quien tuve la fortuna de trabajar todo mi período como director, siendo posteriormente él, un gran director de la Escuela, constituyendo, en mi modesta opinión, un modelo de académico católico ejemplar, por su excelencia académica, nobleza, compromiso institucional, desapego por el poder y la riqueza material, integridad y generosidad.

Al recuperarse la democracia en nuestro país en 1990, fui invitado a integrarme al primer gobierno democrático que encabezó el Presidente Patricio Aylwin, formando parte del equipo económico del Ministerio de Hacienda liderado por el Ministro Alejandro Foxley, destacado ex alumno de nuestra universidad, como representante del Ministerio en la Quinta Región. Trabajar y conocer el sector público en un período tan especial de la historia de nuestro país, fue una experiencia enriquecedora en lo profesional y humano, que, sin duda, fue muy útil para mí, al cumplir, posteriormente, funciones directivas en nuestra universidad. Me siento muy honrado de haber participado en el gobierno que sentó las bases de lo que, cada vez hay más consenso al respecto, constituyeron los mejores 20 años de la historia republicana de nuestro país,

con el objetivo de construir la patria justa y buena a lo que nos invitara el Presidente Aylwin. Fuimos varios los académicos de la Universidad que cumplimos funciones en ese gobierno y, en todos los gobiernos, desde la recuperación de la democracia. Creo que es una buena política de la Universidad, mantenida a través de estos años, otorgar permiso sin goce de sueldo, a los académicos que son llamados al servicio público en forma temporal, ya que ello potencia su labor académica cuando se reincorporan a la Universidad.

A partir de marzo de 1994, me reincorporé a la unidad académica que me ha albergado durante toda mi trayectoria universitaria. A los pocos meses, fui invitado por el rector Bernardo Donoso, que comenzaba su segundo período, a ocupar el cargo de Vicerrector de Administración y Finanzas, funciones que terminé cumpliendo durante 16 años. Agradezco a los rectores Donoso y Alfonso Muga, que me honraron con su confianza, de quienes aprendí muchísimo durante las rectorías que ellos encabezaron, siendo la relación de trabajo con ellos muy grata y estimulante.

Cuando se recuperó en el país la democracia en 1990, la situación económica y financiera de nuestra universidad era muy mala, no, porque la gestión anterior hubiese sido deficiente, sino, porque en la década de los 80, el gasto público se redujo significativamente, afectando muy especialmente dicha reducción a las universidades. Así, el aporte estatal a las universidades, que en el caso de esta Universidad constituía aproximadamente el 90 por ciento de los ingresos presupuestarios, disminuyó en un período de diez años en un 50 por ciento. Como consecuencia de ello, el poder adquisitivo de los ingresos de las personas que trabajábamos en ella, se redujo también en torno al 50 por ciento, con los efectos que ustedes pueden imaginar en los presupuestos familiares. Además, la Universidad tuvo que contraer un gran endeudamiento para poder asegurar la continuidad operacional. Me pareció importante referirme a estas realidades, que el paso del tiempo hace olvidar y que las nuevas generaciones de académicos, profesionales y personal de administración y servicios no sufrieron ni conocen.

En la situación económica institucional ya descrita asume la rectoría liderada por el rector Donoso. Un deterioro gestado en diez o más años requiere también un período largo para recuperarse. A partir del año 90, la rectoría impulsó una gestión eficaz y eficiente para avanzar en esa recuperación, mantenida sistemática y exitosamente durante todo el período de los rectores Donoso y Muga. Cuando observamos actualmente universidades de muy buen nivel enfrentando graves problemas de financiamiento, conviene reiterar lo fundamental que es mantener la solvencia alcanzada por nuestra universidad, a través de décadas de un manejo impecable en este sentido, dimensión que, además, es clave en los procesos de acreditación institucional.

El largo período como Vicerrector de Administración y Finanzas fue muy grato y de mucha realización personal y profesional. Destaco la relación que me permitió establecer con las personas que forman los estamentos permanentes de la universidad,

léase académicos, directivos, profesionales y personal de administración y servicios. Una mención especial a las relaciones establecidas con los integrantes de las distintas directivas del Sindicato Número 1 y Sindicato Alberto Hurtado. Sin perjuicio de las inevitables diferencias y momentos complejos que surgen entre la administración universitaria y las directivas sindicales, a partir del diálogo fecundo, se generó una relación de mutuo respeto, confianza y aprecio, que valoro enormemente.

Junto con la consolidación de la situación financiera de la universidad, se pudieron alcanzar grandes avances en la situación de las personas que forman los estamentos académico y no académico, tanto con respecto a ingresos como beneficios sociales. Así, por ejemplo, los contratos colectivos de nuestra universidad fueron considerados los mejores del sistema universitario y tomados como modelos en otras instituciones.

Como siempre ocurre, la consecución de objetivos siempre es el resultado del trabajo de equipos y, como vicerrector, conté con un gran equipo directivo, formado mayoritariamente por jóvenes profesionales formados en nuestra universidad, que fueron incorporándose a la gestión institucional, desempeñándose con brillo y eficacia, evidenciando la calidad de la formación recibida. Mi reconocimiento y gratitud a todos quienes trabajaron en ese período en la Vicerrectoría de Administración y Finanzas, directivos, jefes y funcionarios, por su aporte a todos los objetivos conseguidos para la Universidad y para las personas que la integran.

Quiero en esta oportunidad evocar la figura de Camilo Lobos, que fue algo así como *primus inter pares* entre los directivos de la Vicerrectoría a mi cargo. Aunque puede ser un lugar común, en el caso de Camilo, no lo es: él tuvo un compromiso total e incondicional con nuestra Universidad, expresada en todas las funciones que cumplió en distintas áreas de la institución. Un católico comprometido, totalmente leal a la Iglesia y a la Universidad, aunque discrepara de las decisiones adoptadas. Se lo manifesté muchas veces; ahora lo hago públicamente. Muchas gracias Camilo por el inmenso aporte y ayuda que significaste para mi gestión como Vicerrector. Con su estilo transgresor y poco diplomático discutimos hartos, cuando discrepábamos y no era poco frecuente. No nos conocíamos cuando asumí la Vicerrectoría, terminando en una relación de gran confianza y afecto. Sin duda, Camilo goza hoy de la cercanía del Buen Dios. Entre paréntesis, que bien le hace a los que finalmente tienen que tomar las decisiones, que personas de sus equipos los contradigan con argumentos.

A partir del 2010, por la decisión de los académicos de la Universidad y de la Iglesia, me correspondió asumir la rectoría. Ello es historia reciente y conocida por la mayoría de los presentes, quienes tuvieron que escuchar largas cuentas todos los años en los Claustros Plenos y, hace un año, en la ceremonia en que se produjo el traspaso de la rectoría al rector Vásquez. Así que no se asusten. Seré breve en esta parte.

Nuestro foco permanente fue lo que define la misión institucional, su esencia: la catolicidad, como elemento distintivo central, la búsqueda permanente de la excelencia

en todos los ámbitos del quehacer universitario y su carácter público, orientado al servicio de la sociedad.

Los avances y logros durante nuestro período como rector, sin duda, muchos e importantes, fueron posibles debido al trabajo realizado durante las rectorías encabezadas por los rectores Donoso y Muga. Se puede decir que nos tocó el período de la cosecha de lo previamente sembrado, a través de un conjunto de políticas de gestión institucional que fueron mantenidas a través del tiempo, obviamente con los ajustes y cambios que la dinámica realidad va demandando. Entre ellas, podemos mencionar la planificación estratégica como orientación permanente, el aseguramiento de la calidad, el recambio generacional del cuerpo académico, la preocupación por las personas que forman parte de la comunidad universitaria, el cuidado y fortalecimiento de la solvencia financiera y el mejoramiento y desarrollo de la infraestructura y el equipamiento, entre otras.

Quiero destacar la importancia que reviste en la calidad de la gestión institucional el rol que juegan los equipos directivos y profesionales. En nuestra Universidad, se ha ido configurando un plantel de directivos y profesionales del más alto nivel en lo relativo a gestión universitaria, reconocido como tal en el sistema universitario chileno, fortaleza que, pienso, nuestra universidad debe cuidar.

Lo que la Universidad ha ido logrando es fruto del trabajo de la comunidad universitaria en su conjunto y del aporte de cada uno de sus integrantes de los estamentos permanentes y, por supuesto, de sus estudiantes y ex alumnos. Ha sido muy importante para ello, el clima organizacional de cohesión institucional existente en la PUCV durante las últimas décadas, luego de un largo período en que la Universidad estuvo profundamente dividida y tensionada por distintas causas. Primero, por la reforma del año 67, luego, entre 1970 y 1973, por el conflicto político y polarización en la sociedad y, a partir del golpe de estado de septiembre de 1973 por la existencia de la dictadura. A partir de 1990, la Universidad recobra su armonía institucional, siendo ello mérito, en gran medida, de los rectores Donoso y Muga. La armonía no significa que no haya diferencias ni distintas visiones sobre los diferentes temas; ello es lo natural en toda organización como en un país, con mayor razón en una universidad por su naturaleza. Me refiero a que el clima organizacional existente en la universidad en estas décadas ha permitido evitar una confrontación permanente, con grupos atrincherados en posiciones encontradas. No ha existido una lógica de “gobierno-oposición”. La Universidad es como un país en pequeño, y la literatura especializada en estos temas ha demostrado que los países avanzan al desarrollo a través de políticas estables e inclusivas, siendo una de las condiciones fundamentales para ello, un ambiente de buena política que facilite los grandes acuerdos, de tal forma que la relación entre los actores no se convierta en una guerrilla. El diálogo debe ser un componente clave en este diseño. Todo lo anterior, obviamente, en el marco de la institucionalidad existente.

Sin duda, la acreditación máxima por siete años obtenida en enero del 2022, culmina y sintetiza un proceso de mejoramiento continuo de décadas en la PUCV. Como lo dije varias veces siendo rector, no se debe pensar, asociado a esta acreditación, que la universidad es perfecta. Por el contrario, había mucho que mejorar, desprolijidades que corregir y seguir avanzando hacia la excelencia en todas las áreas y ámbitos del quehacer institucional.

Junto con lo anterior, la competitividad del sistema universitario chileno es cada vez mayor; la mayoría de las instituciones viene en un proceso de mejoramiento sostenido, especialmente varias de las privadas creadas después de 1980. Así, por ejemplo, una de ellas se ubicó en el cuarto lugar en nuestro país en uno de los rankings internacionales más prestigiosos. Por lo tanto, la necesidad para la Universidad de continuar avanzando en la ruta hacia niveles cada vez mayores de excelencia es aún más apremiante.

Al terminar mi intervención y agradecer nuevamente el honor de ser designado profesor emérito de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, debo expresar mi gratitud a muchas personas. En primer lugar, a mis padres, inmigrante él e hija de inmigrantes ella, de cuyo ejemplo me nutrí para forjar los valores que han orientado mi vida.

A mi esposa, por su comprensión y apoyo, especialmente durante el prolongado período en que me correspondió ejercer labores directivas en la Universidad. Juntos hemos construido nuestra familia, lo más importante en nuestras vidas y con la cual Dios nos ha bendecido.

A mis profesores, con su influencia tan significativa en la etapa escolar y maestros, que marcaron mi formación en esta Universidad y en el postgrado.

A todos quienes formaron parte de los equipos de trabajo, colaboradores más cercanos y equipos directivos en las distintas funciones que me correspondió abordar en la Universidad.

A quienes integraron durante mi período como rector el Consejo Superior, que ha sido fundamental en los grandes avances logrados por la Universidad en todo este período.

A la comunidad de académicos que en tres ocasiones me honró con su apoyo en las votaciones realizadas como parte del proceso contemplado para la elección del rector.

A todos los integrantes de la comunidad universitaria de quienes siempre he constatado su cercanía y aprecio.

A la Iglesia, a través de los Grandes Cancilleres, Pro Gran Canciller y Vice Grandes Cancilleres, durante mi período como rector, por la permanente confianza depositada en mi persona.

Al Buen Dios por una vida con tantas bendiciones, cuyo apoyo he sentido en los momentos más difíciles y me ha permitido servir a la comunidad universitaria y a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Muchas Gracias.